

La mística fragancia de los sueños de amor

Miguel Ángel Guerrero Ramos

© del texto: Miguel Ángel Guerrero Ramos

© de esta edición: La Lluvia de una Noche

Diseño de portada: La Lluvia de una Noche

Basada en imagen de Montana:

<http://www.arteyfotografia.com.ar/12753/fotos/363336/>

1ª Edición: julio de 2013

A la voluntad de vivir y soñar.

A la voluntad de forjar nuestro propio futuro,
de verlo en sueños, de creer en nosotros mismos
sin importar lo que los demás digan.

A la esperanza de poder compartir la vida con alguien.
De regalársela al infinito con cada uno de nuestros actos.

El tiempo se indefinió como si todo entre ellos fluyera al presente y se rompieran las
barreras entre el sueño y la realidad.

Lorgio González Dalmau, *El reino de la Bestia*

La mística fragancia de los sueños de amor

—Yo ya había soñado contigo —le dijo él, mejor dicho, le confesó él a su bella y enfebrecida amante de ojos melindrosos que burbujan dulzura. Se lo dijo mientras permanecía envuelto en las alas sinuosas de una aventura tan centelleante como libidinosa y atrevida. Se lo dijo, mejor dicho, se lo confesó mientras encendía un cigarrillo Marlboro sacado al azar de una cajetilla de cigarros, y mientras cubría su cuerpo desnudo y sudoroso con una mística y soñadora sábana de seda.

Ella, su hermosa amante de ojos melindrosos que burbujan dulzura, se subió entonces una de sus medias veladas de color verde intenso. Unas medias veladas que ella se subió de forma muy sensual, como imitando el erotismo de una luna recién enamorada o recién invadida por unas ansias sumamente fervorosas de amar. Unas medias veladas que, por cierto, era lo único, además de su peluca violeta, que el terso y nacarado cuerpo de aquella hermosa y sin igual mujer de ardiente alma y ardiente atractivo, llevaba puesto. Lo único que ella llevaba puesto, a decir verdad, tras el arranque desenfrenado e

incontrolado de pasión que hacía poco se había tomado aquella habitación en la que ambos estaban, así como la bañera de al lado y alguno que otro de los rincones más vírgenes del infinito. Luego, pasados unos cuantos segundos de que ella se subiera una de sus medias veladas verdes y se echara hacia atrás uno de los mechones de su peluca, ella, valiéndose de su aire más coqueto, le preguntó a él:

—¿Cuándo? ¿Cuándo fue, amor mío, que soñaste conmigo?

—La otra noche. Antes de conocernos. Antes de que pudiera oler por primera vez tu perfume —contestó él, tranquilamente, enamoradamente, y mientras exhalaba suave y dulcemente el humo de su cigarrillo.

Ella lo escuchó encantada. Luego lo volteó a ver. Quería ver sus ojos. Esos ojos color miel que parecen ser los socavones secretos y misteriosos donde se resguarda la esencia de la eternidad. Esos ojos que parecen evocar algún que otro tramo neurálgico e imperecedero del tacto filiforme del alma de él, y algún que otro relampagueante e imperioso brillo inextinguible de la misma. Esos ojos de texturas místicas e intrigantes. Esos ojos que solo alguien como él, en todo el mundo, podría tener. Él, por cierto, tenía, ante la mirada escrutadora de ella, una mirada arrobadora, una mirada expeditiva. Era como si pudiera ver, como si sus ojos absorbieran los reflejos de la realidad o como si captaran al menos las sutilezas más prosaicas de la luz, pero no, él estaba, sin duda, tan ciego como siempre.

—Qué romántico —le dijo finalmente ella a él, a modo de respuesta por lo que él le había dicho, poco antes de besarlo y de aferrársele a su cuerpo desnudo y sudoroso con la energía arrolladora de una caricia prohibida.

—No, Judy. No es romanticismo, es en serio. Hace tiempo soñé contigo, y cuando digo *hace tiempo*, me refiero a antes de conocernos. Y cuando digo que *soñé contigo*, me refiero a que soñé con tu cuerpo, con tus ojos azul marino, con tus pelucas de colores, con tus labios de carmín, con tus distintos juegos de medias veladas verdes, con tu sonrisa envuelta en un extraño manto de seducción primigenia y, sobre todo, con el aroma delicioso e íntimo que envuelve tiernamente a tu cuerpo.

—Eres muy chistoso, Sergio. Muy chistoso y muy lindo. Decir que soñaste conmigo con tal exactitud y antes de conocerme...

—Es cierto, Judy. Hace ya mucho tiempo que yo sueño con el futuro. Es más, no vayas a pensar que estoy loco, pero lo cierto es que no sólo soñé contigo antes de conocerte. No, claro que no, sino con nuestro primer encuentro en el restaurante italiano aquel donde nos conocimos, con nuestras primeras caricias, nuestros primeros abrazos, y todos los demás encuentros, caricias, pasiones y abrazos que siguieron de ahí en adelante.

—Es de locos —dijo ella.

—Sí, es de locos —confirmó él.

—No, de locos no. De un solo loco —se corrigió ella mientras unos rayos solapados y tamizados de sol se colaban por la ventana y bañaban su cuerpo y la acariciaban con dulzura. Ella sabía que en el edificio de enfrente, un vecino fisgón y voyerista la miraba a ella y a Sergio a través de una persiana.

—Me imagino que cuando dices que de un solo loco, te estás refiriendo al loco de mí —soltó Sergio a bocajarro.

—No, más bien, amor, me refiero al loco que desde hace rato nos está espiando desde el edificio de enfrente —dijo ella, así, como si nada.

—¿¡Qué!? ¡Cómo puede ser, Judy!, por qué no me dijiste que...

—Chssss. Tranquilo, cariño, mi intuición me dice que no es un paparazzi o algo así, y que ni siquiera sabe quiénes somos nosotros.

—Pero Judy, cómo pudiste dejar la ventana abierta.

—Ya, no es para tanto. Aquel tipo debe de pensar que eres uno de esos sujetos que deciden echarse una canita al aire, o que somos una pareja de recién casados. Más bien sígueme contando cómo es eso de que sueñas con el futuro.

—Pues así es, Judy. La verdad, para serte sincero, es que puedo soñar con una gran gama de colores, y de formas, y de vivencias proféticas, como si todas esas cosas no fueran sino un río que fluye incansablemente sobre la ineludible corteza del tiempo. Sí, con muchas de las esencias de la realidad puedo soñar, menos con los aromas. Más o menos, querida mía, desde que quedé ciego.

—Cuando soñaste conmigo, mi amor, ¿también soñaste con el sabor de mis besos?

—No, claro que no. Un beso no puede ser nunca materia de los filamentos del futuro. Ya sabes lo que dicen: que la fantasía es el licor del alma y un buen beso el licor de la memoria.

Dichas esas palabras, la hermosa y sensual dominicana Judy Morel se tendió sobre el cuerpo de Sergio como instalándose suavemente en el presente más perenne y sublime. Luego, mientras el vecino voyerista de enfrente seguía observándolos sigilosamente, ella observó a Sergio. La proyección dulce de la noche, así como las más alargadas estelas de lo desconocido y los más atrevidos luceros de lo sublime, se agotaban sin ninguna prisa y sin ningún esfuerzo en la recóndita inmensidad de su mirada. De su ciega y arrobadora mirada.

Dicen que solo la brisa que navega entre los árboles frondosos del trópico y que conoce los murmullos que acarician la flora de la cordillera, conoce la historia de la hermosa y radiante Judy de ojos azules, así como la de sus bellas y místicas hermanas. Dicen, incluso, que conocer la historia de las hermosas y atractivas hermanas Morel, significa desvestir poco a poco al olvido y al pecado. Claro, cada una de ellas, de las hermosas y despampanantes hermanas Morel, ha sido marcada con un pecado distinto.

El pecado asignado por los astros a la hermosa Judy, por ejemplo, es un pecado que en la leve sombra de la mañana busca la sombra candente y lujuriosa de la tarde, o al menos eso es lo que se murmura en los rincones más verdes y vírgenes de la cordillera tropical. Pero no, no es un pecado que tenga que ver con su sonrisa cristalina ni con su cuerpo de revolucionaria sensualidad, ni con esa incandescente y altiva presencia suya que bien podría llegar a ser la fuente nutricia de los poemas más hermosos. No, es simple y llanamente el intemperante y voraz pecado de la lujuria que se apoderó de ella desde que su cuerpo comenzó a esbozar el encanto de una promisoría sensualidad. Judy, por cierto, es la menor de las enigmáticas hermanas Morel. La que le sigue en orden ascendente, es decir, de menor a mayor según la edad, es una hermosa mujer de cabello sedoso y mirada penetrante que posee el terrible pecado del asesinato. Luego está, de entre las hermanas Morel, y siguiendo el orden ascendente que hemos propuesto, la que posee el pecado egoísta de la vanidad, luego la del abyecto y nefasto pecado de la avaricia, de

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

